

CARAS Y CARETAS

SEMANARIO FESTIVO
2.ª EPOCA

Director: ARTURO AGUIÑEZ

AÑO II
Nº 77
Agosto 18 de 1895

PRECIOS-SUSCRICION
MONTEVIDEO-DEPARTAMENTOS

Un mes	\$ 1,00
Seis meses	" 5,00
Un año	" 9,00

EXTERIOR
Los mismos precios en moneda equiva.
lente con el aumento del franco.

Número corriente 30 centesimos - Número atrasado 40 centesimos

DEVENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS
SE PUBLICA LOS DOMINGOS.

Oficinas Provisorias: CALLE URUGUAY, 301
MONTEVIDEO.

IMP. Y LIT. LA RAZON; CERRO, 57

GALÉRIA CÓMICA

FOTOGRAFÍAS SIN RETOQUES

Un ex, que será siempre ex
por lo que leerán... *despues.*



Seguro es que don Tomás
no volverá á ser jamás,
como lo fué, Presidente.
Es hombre honrado y decente
y esos, hoy, están demás.

SUMARIO

TEXTO—«Zig Zag», por Arturo Giménez Pastor—«La mujer periódica» por Francisco Durante—«Para ellas»: (La mujer juzgada por los hombres), por Alina Doré—«Teatros», por Es-Bemol—«La paz de la aldea», por Juan Pérez Zúñiga—«Tres columnas», por Firulete—«Entre dos fuerzas» (novela), por Arturo A. Giménez—Menudencias—Correspondencia particular—Avisos.

GRABADOS—«Galería cómica» (Fotografías sin retoques), por Aurelio Giménez—«Para ellas». Retrato señorita, por el mismo—«La pata del día» por Wimplaine II—«La gracia ajena». (Cuentos baturros), por Gascón—«Teatros»: Señora Bonaplata y Sr. Decasón, y varios intercalados en el texto, por Aurelio Giménez.



Decididamente, la teoría de la especialización de las funciones que ya era un hecho notable, va llegando entre nosotros á ser un hecho curioso.

Porque va llegando á grados á que no nos hubiéramos figurado pudiera llegar.

Antes, nos llamaban la atención los hombres públicos, pero enteros; se conmovía el pueblo cuando mataban á Flores ó cuando Latorre mandaba matar una media docena de seres humanos aunque orientales.

Ahora tenemos que contentarnos con que nos preocupen, cuando más, algunas partes de los hombres públicos distribuidas en tiempos bien medidos, para que vayan durando.

Siempre es un progreso; así tenemos la seguridad de que no se gastarán tan pronto nuestros prohombres. En cambio seguirán gastando el Presupuesto, pero hay que sacrificar algo para tener prohombres. Si no fuera por el dinero, careceríamos en absoluto de ellos; ya es sabido que el puchero y anexos es lo que provoca mas heroísmo y grandes acciones entre nosotros.

Pues, como les decía, ahora nuestros hombres públicos han dado en la costumbre de entregarse á la pública necesidad de emociones, por partes.

Primero fué la barriga de don Juan Excelencia, que tuvo la virtud de preocupar la atención, con una peritonitis por exceso de trabajo.

Ahora es la pierna de don Julio, que ha dado su golpe de sensación por exceso de arma de fuego.

Me supongo que ustedes estarán enterados de los detalles esenciales del hecho.

¿Como no? Ha habido diario que ha dedicado tres columnas por edición al acontecimiento del día.

Y es justo; no se trata de un honrado padre de familia, sin más defecto que uno que otro lobanillo en lugar público, que haya muerto trabajando honradamente por el bienestar de sus hijos; ni de algun ser humano á quien hirió de muerte la no satisfecha necesidad de alimento, que algunos llaman hambre y otros nostalgia del puchero con pirón, enfermedad provocada por cierta ridícula honradez que la impide apoderarse de los dineros públicos, como tantos lo hacen.

A estos se les anota en la lista de defunciones, (á los fallecidos; no á los dineros, ni á los que se apoderan de ellos, que esos, por desgracia no mueren así como así) se les anota, decía, y á veces se les entierra sin responso.

Pero tratándose de un hombre público como don Julio, ya es otra cosa. ¡Qué caramba!

Eso de corromper todo un mundo oficial hasta dejarlo como un queso en último grado de vitalidad perfumada; eso de meter el sufragio en un zapato y al pueblo en un gato y al gato en las urnas, y su prole en el augusto recinto de las leyes; eso de poner el Presupuesto á disposición de los amigos, sin perjuicio de aplicar gran parte al fomento de la belleza plástica, medida que ha mejorado en gran parte el gremio de bailarinas y actrices; eso de haber educado al pueblo hasta dejarle dócil y manso como un perro castigado pero flaco ¿es poca cosa? ¿No denota cierta sublimidad del descaro, digna de admiración?

¡Caramba! Y yo he oído jente que se quejaba de que á tal hombre, un diario serio le dedicara tres columnas todos los días. ¡Pues! Si los hombres famosos por sus hechos no lograran preocupar la atención pública y la privada de directores de diario, ¿quién habría de preocuparla? Todos los ladrones célebres lo han logrado; y Tiberio y Heliogábalo no se hallaran á estas horas en la Historia á no haber sido tan corrompidos. Y eso que en aquel tiempo no había directores de diario entusiastas.

De todos modos, la cosa ya había producido sensación antes...

De pronto corrió la noticia de que Don Julio estaba herido, y sobre la calidad de la herida circularon muchísimas versiones; sin embargo; todos convenían en que era de buena calidad.

—¿Herido?—preguntaban.

—Sí, dicen que le han echado á perder una mandíbula de un puñetazo.

—¿Eh? ¿Y quién le pegó tal golpe?

—Un puñetazo... Sin duda algún fabricante de puños á quien debía.

—No hombre, se trata de palos, decía otro.

—¿Deveras?

—Una paliza en la cabeza que se la ha dejado cuatro veces más gorda.

—No puede ser; ¿quién puede haberle dado tales palos?

—Quizá Palomeque...

Por fin se conoció la verdad. Se le había escapado un tiro.

Y lo supimos por un guardia civil que fué á dar cuenta de ella al Jefe Político, diciéndole sofocado.

—Señor; se ha escapado un tiro!

—Animal—le gritaba el otro distraído. ¿Por qué lo has dejado escapar?

No bien se supo el hecho, corrieron al herido todos sus amigos políticos, de la infancia y del Presupuesto, con el corazón en la boca del estómago.

—¿Qué hay?—preguntaba Pantaleón Cabral tartamudo de dolor.

—Nada, contestó Garzón con el seso echado á perder. Que se le ha disparado el bolsillo del revólver y tiene la pantorrilla metida en una bala.

Entre todos le llevaron á la oficina de la Dirección del teatro.

Allí la escena fué desgarradora. Tavolara chupaba, transido de dolor, el dedo gordo del pie, lamiendo un ojo de gallo con desoladora ternura.

Garzón, tembloroso el labio y encogido el estómago, acariciaba, derramando abundante llanto, los pelos de la herida pierna, mientras se rascaba los riñones devastados por una pulga feroz.

En tanto, en la sala, la orquesta seguía, ensañada con la partitura de *Aida*.

Pantaleón Cabral, oyendo con una desesperación elevada á la cuarta potencia aquel sonar continuo de los violines, exclamó con un sollozo:

—Parece que me pican las tripas.

Todos le miraron con miradas fulminantes.

—No, no, gritó él; parece que rascan en mis tripas, quise decir. Lo de rascar me confundió. ¡Oh!...

Entonces Brián, que desde que se ha dedicado al arte caricaturista está terrible, mandó llamar, corriendo, al pintor de corte.

Y cuando apareció éste, con un gesto solemne, imponente, le detuvo.

—Nada de cómico—le dijo. Hoy no; la cosa es seria. ¡Muy seria!

Y le hizo copiar todos los callos del augusto pie, para recuerdo de aquel fatal momento.

En eso llegó Pantaleón Cabral cubierto de hilas inglesas, como de espuma un caballo.

—Nó, nó, gritó Julio al verle. Nada de co-

sas inglesas. Nada de ingleses. Tú lo sabes, Leoncito.

Así le dice en los momentos de ternura. Finalmente, unidos todos, con el corazón y el estómago dolorido, cargaron con el herido ¡ay! y le llevaron á su casa.

Escenas terribles!

Pasados estos fieros momentos, se dió la gente á buscar la causa del accidente.

Según parece, cuando ocurrió, Don Julio salía de visitar á la familia de Reyes.

—Pues bien ganado—gritaba don Timoteo en el vestíbulo. Bien ganado! ¿De cuando acá se dan los ex-presidentes democráticos á visitar familias de Reyes? ¡Es una vergüenza!

Los menos exaltados preguntaban con voz de desilusión:

—¿Entonces es cierto? ¿No fué mas que en la pantorrilla?

—Se teme mucho que haya sido sólo allí.

—Y es natural—objetaba un señor, padre de familia y bizco, que aborrece las bailarinas—siempre habían sido su debilidad las pantorrillas...

—La causa de todo ha sido la pistola demasiado celosa, agregó uno.

Lo cual hizo que don Tirteo, un conocido... por duro de mate, se pasara la noche preguntándose:

—¿Pero qué cosa! ¿De quién estaría celosa la pistola?

ARTURO GIMÉNEZ PASTOR.

LA MUJER PERIÓDICO

La mujer alta y robusta que se viste con esmero y habla con tono severo entre irónica y adusta. La que no es superficial, la que piensa mucho y hondo, es artículo de fondo, mejor dicho: *editorial*.

La que en casa y en la calle gasta el traje muy holgado y no muestra gran cuidado por ceñirse mucho el talle. La del aire desenvuelto, la del mirar atrevido, la que el mundo ha recorrido, esa mujer es *el suelto*.

La que á todas horas cuenta lo que ocurre en la ciudad y asusta á la vecindad con las historias que inventa que al fin resultan ficticias; la que sus trajes recorta y el qué dirán no le importa, es la *sección de noticias*.

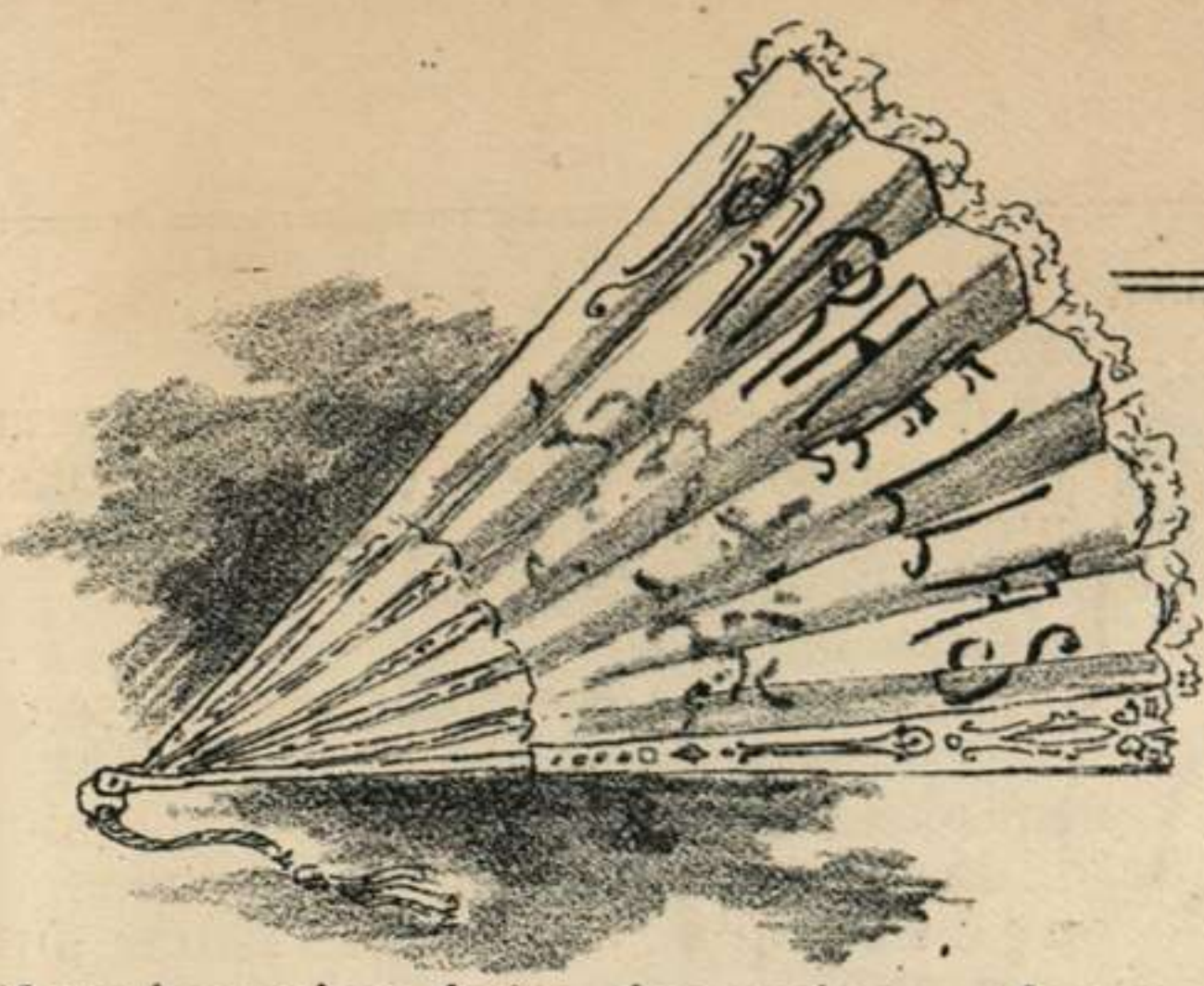
La que dice lo que pasa y nada en serio lo toma, la que siempre está de broma, la que siempre está de guasa. La que es alegre y sencilla con puntos de pizpireta y ribetes de coqueta, esa es una *gacetilla*.

La que con amores sueña y anda en bailes y paseos escuchando chicleos entre afligida y risueña. La que á la postre y al fin de romántica jornada en limpio no saca nada, es la mujer *folletín*.

La que con los elegantes no trata, y recorre el mundo brindándole amor profundo á todos los comerciantes. La que juzga asaz pueril todo aquello que entretiene y piensa en lo que conviene, es la *sección mercantil*.

La que es ligera en el trato y hace visitas frecuentes y corre tras de las gentes ofreciendo su retrato. La que á todas horas sale y en todas partes se exhibe y á todo el mundo recibe, es un *anuncio* que vale.

FRANCISCO DURANTE.



Vaya; hoy quiero darles algo curioso; nada menos que un resumen de lo que ellos dicen de nosotras, para lo cual he coleccionado los pensamientos que mejor definen la opinión general. (De ellos).

¡Los hombres, los hombres! El que los oyera creería que....

¡Ah! Pero para el próximo número, por igual medio, les mostraré lo que decimos nosotras de ellos.

Y ya verán, ya verán.

También nosotras sabemos decir verdades.

Mientras tanto lean ustedes.

¡Los muy bribones!....

ALINA DORÉ.

LA MUJER

JUZGADA POR LOS HOMBRES

Entre dos mujeres no puede existir verdadera amistad sin ó cuando una de ellas es fea ó vieja.

Saint-Prospers.

Las mujeres manejan á los hombres como los buenos jugadores de ajedrez á sus peones: no tocan á uno sin tener la vista fija en otro que puede dar mejor resultado.

Pope.

En un baile, hay siempre un cuarto de hora en que la mujer más enamorada prefiere un vestido á su amante.

Vicomte D'Izarn.

Dios, que se arrepintió de haber creado al hombre, no se ha arrepentido nunca de haber creado á la mujer.

Malesherbes.

A un hombre ilustrado le basta una mujer de buen sentido; son demasiado dos ilustraciones en una sola familia.

Bonald (Vizconde De).

La mujer es como la sombra; si la perseguimos huye, nos persigue si la huimos.

Champforte.

Si el código niega todos los derechos á la mujer, la galantería le concede todos los privilegios.

Loire.

La virtud es hermosa en la más fea, el vicio feo en la más hermosa.

Proverbio chino.

Hablad mal de la mujer en general, y todas se pondrán en contra vuestra; hablad mal de una mujer en particular, y todas harán coro.

Bougearte.

No hay nada que supere á la elocuencia de una mujer muy apasionada.

La Harpe.

Error es dar hacienda en confianza, y de lo que se escucha hacer desprecio, y tener con pobreza fantasía; error es en un hombre su alabanza; mas sobre todos, sólo aquel es necio que sus secretos de mujeres fía.

Quevedo.

La mujer es el pájaro más bello que existe sobre la tierra.

Alfredo de Musset.

Las mujeres son bellas como los serafines de Klopstok, pero terribles como los demonios de Milton.

Diderot.

Si la nariz de Cleopatra hubiera sido un centímetro más larga, la historia del mundo sería muy distinta.

Saint Beuve.



RETRATO DE LA SEÑORITA ELVIRA MORENO

FOTOGRAFÍA FITZ PATRICK

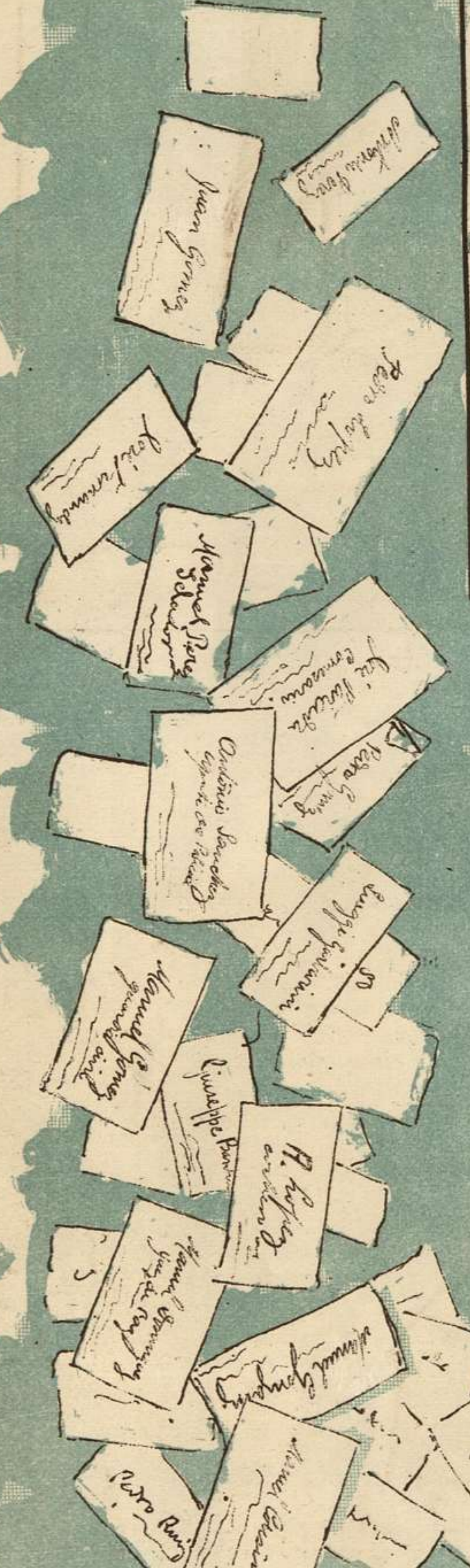
LA PATA DEL DIA



Los primeros momentos.



La desesperación. Gran cuadro político-médico-vergonzoso.



—¡Un coup de revolver!? Oh mon Dieu! On traite des armes? Aquí du Ministre de la Guerre. ¡Allons!!



La adulación. Escultura dedicada a los amigos dolientes.



Nuevo modelo de señores de cordel (vulgo: changadores a la hig life).



El consuelo. Cuadro tierno. Visita de Segundo, para consolarlo de que no por tener una pata que la otra, se era, ni menos nos afecto al presupuesto.



Lo que vieron los de aquí «sin que hablaran as pedras.» Aunque parezca mentira.

Whimplams II

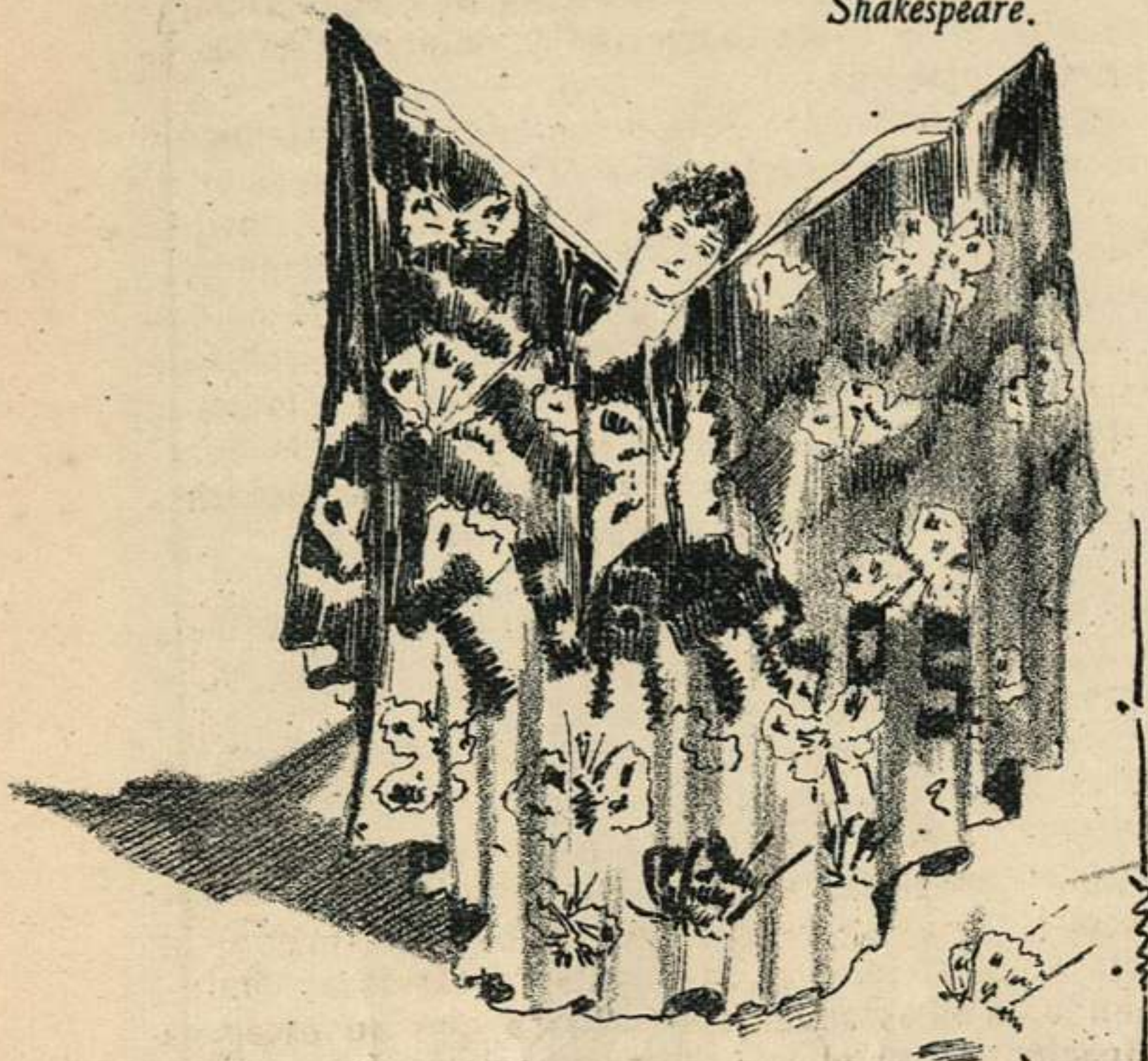
Lectores; he ahí una pata que no ha dado chica lata!

No hay candados, guardas, ni cerraduras que mejor guarden una doncella que las del recato propio.

Cervantes.

Fr agilidad: tu nombre es de mujer.

Shakespeare.



La compañía Ferrari, presenta, ante todo, un buen conjunto.

Hay dos notabilidades, que son Mascheroni y el bajo Ercolani; dos artistas de primer orden, que son la señora Bonaplata Bau, y el barítono Camera; dos buenos artistas, que son el tenor Demarchi y la señora Corsi; una orquesta soberbia, educada y sensible á la Dirección como pocas; unos coros obediente y bastante cuidado en la presentación escénica.

Esto, advirtiendo que solo podemos incluir en esta crónica las funciones del Domingo y Martes.

En el primer día se dió *Aida*.

El lector nos dispensará de ocuparnos en adelante detalladamente de la orquesta, porque, juz-

—Hay aquí cuerdas para ahorcar á todos los colectivistas y á Pantaleón Cabral.

El resultado es completo y el maestro hace lo que quiere con su orquesta.

Signorini viene mucho mejor, pero nos parece que ya no llegará á la cumbre; canta con buena voluntad y tendría regular voz si no la emitiera tan gutural y engolada en los agudos. En *Aida*, logró aplausos cantando con valentía y acierto el duo del tercer acto.

La señora Bonaplata Ban es artista de mérito; pisa firme las tablas, y tiene una voz dúctil, que modula bien la frase y la acaricia con arte y gusto.

El aria y el duo del mismo acto y el final, fueron muy bien cantados.

El barítono Camera es de los muy buenos que hemos oído; tiene mucha voz y de buen timbre, y cantó su parte dándole relieve y expresión.

Damos hoy los retratos de estos dos artistas, prometiendo para el próximo número los de Mascheroni y Ercolani. Y conste que con nosotros no



EDUARDO CAMERA

suele ocurrir eso de ponernos al servicio de las empresas teatrales para darles *bombos ilustrados*, antes de haber podido juzgar los artistas que presentan. Creemos la salvedad necesaria, porque donde hay partes viciadas y partes sanas, conviene deslindarlas.

Los coros bien y la presentación escénica bastante buena.

Si no se advirtiera en ella tanto el desesperado esfuerzo del autor para lograr efectos orijinales y descripciones imposibles, la *Manon Lescaut* de Puccini sería una de las operas que me gustaran.

Pero aquel rudo trabajar de los violines y la repetición de motivos que se entrecruzan y mezclan hasta producir confusión, acaban por fatigarme.

Y eso que el Martes la dieron muy bien.

La señora Corsi cantó muy correctamente su parte, con voz educada y exactitud de interpretación. Gustó.

El tenor Demarchi, que es joven y estudioso, cantó su papel con verdadero gusto y riqueza de recursos. La acción dramática, sobre todo en el último acto, me pareció muy apreciable.

Ercolani fué el que llamó con justicia la atención en su corto papel. Su *Geronte* es una creación de primer orden y lo aplaudimos incondicionalmente.

La orquesta... ¡pues!

Lucia de Lamermoor se dió el jueves, pero esto ya es harina de otre costal, ó sin figura, ópera de otra crónica.

De la que viene.

**

De lo representado en el Nuevo Politeama poco tenemos que decir, porque no ha habido novedad.

El Domingo se dió *Los Hugonotes*, el Martes, *Cavalleria*, con *morceaux* de *Mefistófeles* (como quien dice, trozos) sin *Mefistófeles*, y *danza de las horas* para variar; y el Jueves se repitió *Rigoletto* con igual

éxito: como que De Lucia no puede obtenerlo ya más grande.

Para la función de gala anuncia la empresa la *Manon* de Massenet. Y esta sí que es gorda (no la *Manon*; la novedad) y merece un aplauso.

**

En Cibils siguen trabajando, y se dan zarzuelas, de veras. Ahora la *Serpentina XXX* extra-especial ha atraído algunas noches jente.

Y pare usted de contar que ya es tiempo de parar.

RE-BEMOL.

DE PÉREZ ZÚÑIGA

La paz de la aldea

Cansado ya de sufrir con el eterno exigir de aquella mujer sin par, marché á mi aldea á vivir tan sólo para olvidar.

¡Qué Paz aquella, Dios mío! Hizo suyo mi albedrío, y además medio millón que heredé una vez de un tío muerto á coces en Chinchón.

Aunque chata la *infeliz*, era una hermosa mujer; mas tras de tanto deslíz, el alma llegó á tener lo mismo que la nariz.

Dejé á Paz, siendo incapaz de sostener competencia con más de un joven procaz, y pensé en la conveniencia de hallar en mi pueblo paz.

En mi pueblo silencioso, donde antes de ir á la corte, debí yo haberme hecho esposo de otra Paz de mejor porte y corazón más hermoso.

Un día quiso el destino que realizase mi idea. Tomé un *bistek* pan y vino, luego el tren, luego un pollino... y entré cantando en mi aldea.

Aunque sufrí los rigores del calor, allí mis cuitas olvidé y mis sinsabores haciendo sen das visitas á las bodegas mejores.

Ante todo, fui lijero á ver á mi dueño amado; mas ¡oh trance duro y fiero! la Paz se había fugado con un peón caminero;

no porque ante la chiquilla se le cayera á él la baba. La causa fué más sencilla: un lunar que él *me* gastaba sobre la cuarta costilla.

Mucho con esto sufrí; mas seguí viviendo allí, regando mis arbolitos y espantando los mosquitos que se burlaban de mí.

¿Pensáis que me consoló la paz de la aldea? No. ¡El diablo que en ella crea; porque en la paz de la aldea maldito si creo yo!

¡La paz, la paz! Noche y día el hombre la busca en vano, pues el bienestar que ansía solo está en la tumba fría.... ¡Sobre todo en el verano!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

TRES COLMOS

El de un gastrónomo: comerse una lengua... de tierra.

El de un mucamo: *Mandarse mudar* con la ropa del amo.

El de una columna de granito: Sostener... una idea.

FIRULETE.



CARMEN BONAPLATA BAU

garla en cada audición, equivaldría á repetir una sucesión de elogios que llegaría á ser fastidiosa. Aquello está muy bueno; hay violines en montón y nervio en su manejo; esta parte está muy cuidada.

Como me decía un revolucionario de mal jenio.

La gracia ajena
—
CUENTOS BATURROS

POR GASGÓN



—Pero hombre, si ya le he enseñado á Vd. todas las tazas que tengo y ninguna le gusta!
—¿Sabusté? Es que yo quisiera que tuvieran el asa á este otro lao.



—¿Has entendido algo de la misa?
—¡Qué! Si todo lo dicen en latin menos el dominum vobiscum.

ENTRE DOS FUERZAS

NOVELA

POR

ARTURO A. GIMÉNEZ

VIII

(Continuación)

Se trajo de allá con la tristeza amarga de la caída, el deseo ardiente del desquite y la esperanza inquebrantable, empecinada, de una reivindicación total, llena su alma varonil de una ilusión obstinada que nada consiguió desvanecer.

Aquel deseo ardiente de reconquistar sus campos, su fortuna, la dominaba absoluto. Las tardes,

inmensas, grandiosas, descendiendo plácidas y solemnes sobre la llanura, los crepúsculos amplios, admirables, de campaña; los rodeos, los apartes de ganado, aquel silbido de los peones que durante tantos años había oído, al reunirse sus tropas; el aire inmenso, recio, puro, que acariciaba sus tierras, el recuerdo de todo esto constituía su obsesión, su anhelo vehemente que no debía ver cumplido.

Se había hecho humilde, siempre mostrando en su cara de criolla vieja, levantadas las cejas y sonrientes los delgados labios, esa curiosidad astuta del paisano que quiere entenderlo todo bien, claro, para no dejarse engañar.

En tanto sus hijas se fueron casando; no con los buenos partidos que ella soñara en otros tiempos, sino con los que sus ideas prácticas, siempre reflejo de su deseo de reconquista de la tierra les buscaran; con hombres de campaña. Quería y esperaba que ellos reconstituyeran lo perdido, siquiera con su trabajo, como lo había adquirido su marido.

Y así el campo, que le había quitado su tranquilidad, se llevó también sus hijas, que fueron á vegetar allá lejos, sacrificadas, como todo, por aquel amor á la tierra que la dominaba.

Entretanto, Delia había quedado soltera. Los tiempos de la opulencia de su familia habían dejado en ella aquel resto de altivez que la pérdida de la fortuna aumentó. Irritada contra ese destino contrario, convencida de que con dinero ó sin él era la misma, que valía tanto como antes, quería que todos la conociesen, que nadie llegara á advertir en ella el encogimiento que sobrecoge á los que han descendido.

Y en este punto una susceptibilidad casi enfermiza se apoderó de ella, llegando á desplegar á veces verdadera suspicacia encarnizada, para descubrir la más pequeña señal de desaire que repeler con un rudo golpe de orgullo.

Había sido y seguía siendo la mimosa de su madre, y su educación, hecha ya en la ciudad, la formó superior á sus hermanas, con más aspiraciones, haciéndola esperar que su carácter y su superioridad la arrancarían á aquella voracidad del campo que se había llevado á las otras.

Todo esto la retrajo de amores ligeros.

No había tenido otro que el que la uniera durante seis meses á aquel joven que murió cuando empezaban á nacer las esperanzas, cuando iba á aparecer un poco de luz en el porvenir.

Misia Justa misma se lo había contado á Mario algunas veces, dando un momento tregua á la relación de sus gestiones ante los juzgados, por lo del campo.

¡Oh! Delia se hubiera casado bien; él era trabajador, de buena familia, y quizá, quizá, con la influencia de ésta no hubiera andado tan mal su asunto, pero cayó un día del caballo en que paseaba y se rompió la pierna. Después los brutos de los médicos lo curaron tan mal, que hubo que cortársela. ¿Para qué ya? Murió de eso.

—Pero figúrate, mi hijito, qué médicos! decía animándose sus ojos redondos color castaña, que aquel continuo arqueo de las cejas llenando de surcos toda la frente mantenía muy abiertos. Figúrate que le cortaron la pierna al pobre mozo, haciéndolo sufrir inútilmente, porque se les quedó en las manos! Y después lo enterraron con la pierna al lado! ¿Es cosa de cristianos eso, por Dios?

Y al oír hablar así, con su tono monótono, dejando salir las palabras ligeramente pronunciadas, como si resbalasen en sus labios hendidos, recordaba Mario, vagamente, haber oído antes, hacía ya tiempo, cuando él no se preocupaba aún de esas cosas, la voz de Delia contando lo mismo á su madre, pero vibrante de cólera, como si la arrojaran del corazón las palpitations crueles de la herida abierta.

Ahora era á él á quien mortificaba aquel recuerdo, haciéndole sentir celos confusos, sorda irritación, envidia de aquel hombre que sin duda ella había llorado y del que necesariamente debía conservar un recuerdo cariñoso y triste.

Era cierto. Delia había sentido aquella su primera ilusión, su primera esperanza desaparecida en una fosa; sintió mucho tiempo el vacío que dejó la muerte, antes de satisfacer la ansiedad de amor y sensación que inquietaba su alma de mujer ardiente, y hasta le retrajo de nuevos amores aquel golpe rudo que quebrara de pronto su ensueño.

Cuando Mario se le declaró aquella tarde, todavía estaba así. Pero el amor que aleteaba siempre alrededor suyo, haciendo vibrar contenta el alma de sus amigas, de toda una juventud feliz que gozaba de la vida abandonándose al ensueño dulce que esparce dicha con miradas y sonrisas; las confidencias que se escapan del labio balbuceante, arrastrando el rubor, todo esto conmovió su juventud, haciéndole desear algo, algo, que la hiciera también feliz.

Y le dijo que sí.

Después, cuando le vió irse emocionado, se aperció de que á ella no le sucedía lo mismo y apenas

se marchó, con aquella franqueza familiar tan suya, le dijo á su madre, que había quedado mirando á través de los vidrios el crepúsculo triste.

—Mario me ha dicho que me quiere, mamá.

—¡Ah! ¿Sí?—contestó Misia Justa volviéndose vivamente á mirarla; y quedó un momento en silencio.

El amor acababa de arrebatárle una hija, hacía pocos días, y lo había aborrecido y maldecido en los primeros momentos.

Ahora, en la eterna evolución del sentimiento, sobre aquel amor muerto nacía otro, un nuevo amor con nuevas esperanzas y nuevos secretos... Estuvo por imponerle el rechazo. Pero luego meditando, pesando su responsabilidad, convino en que no debía exigirle á su hija un sacrificio tal porque sobre la otra se hubiera abatido la desgracia. No todas las muchachas eran desgraciadas ni todos los hombres falsos; y luego, ella sabía que las muchachas que no tienen amores se vuelven malas...

—Bueno; le dijo; si te gusta...

Delia bajó la cabeza. Había abrigado una secreta esperanza, un leve deseo de que desaprobara, y no se atrevió á decirle nada más.

Misia Justa recapacitaba. Aquello era previsto; lo había conocido ya, en Mario, que cada vez que la encontraba corriendo las calles con su paso arrastrado, casi jadeante, poseída del vértigo del Juzgado, con sus papeles sellados bajo el manto, la detenía un momento con su palabra cariñosa, conteniendo apenas aquel «¿Y Delia?» que se escapaba impacientemente tras el «¿Qué anda haciendo?»

En fin; Mario era un buen muchacho á quien ella conocía desde chiquito, y que quizá hiciera feliz á su hija. Sobre todo, había tiempo.

Entre tanto, Delia, envuelta en el girón de noche que había invadido el otro extremo de la pieza hacía un completo exámen de conciencia.

¿Lo quería?

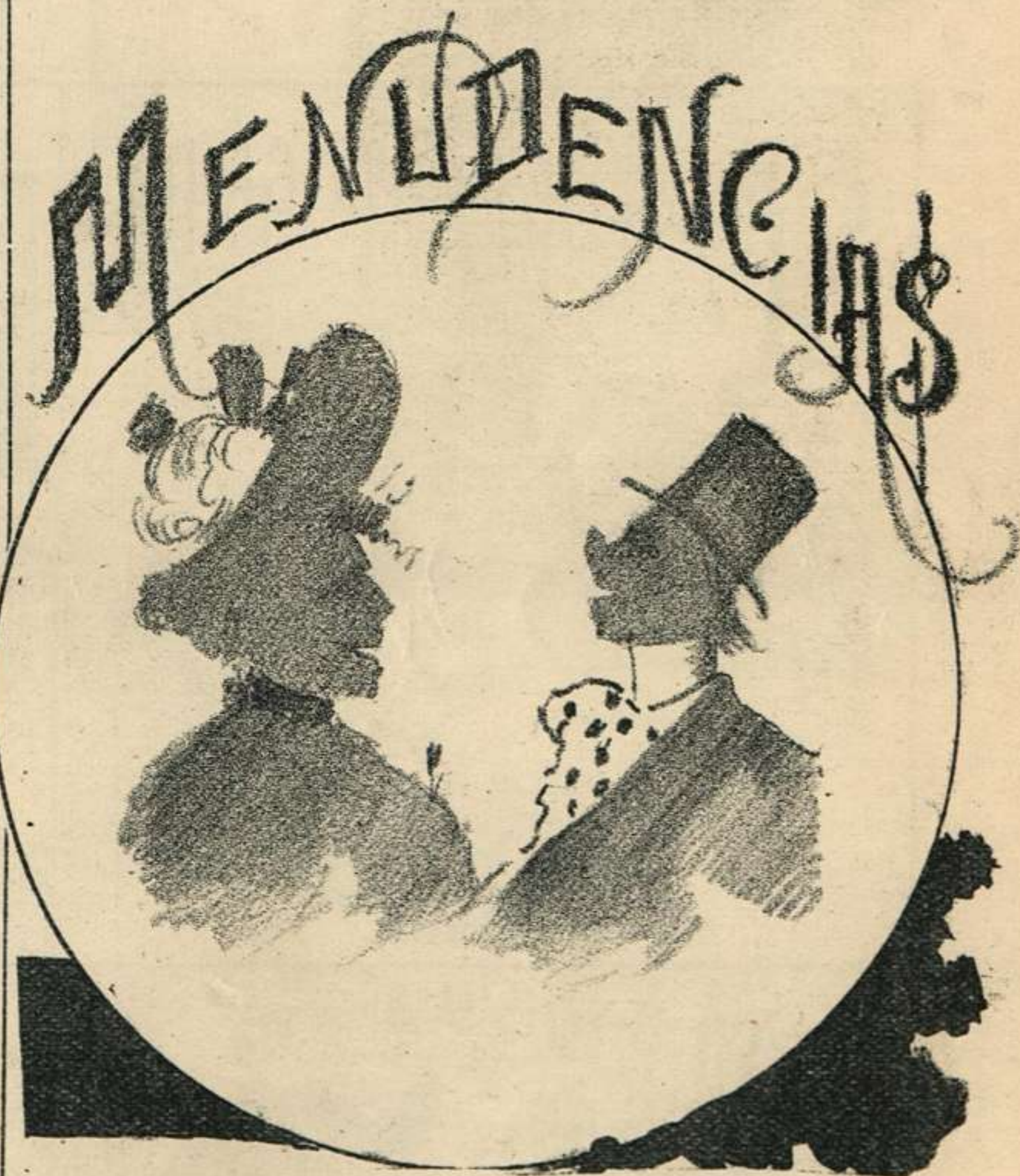
Éra muy buen mozo, muy atrayente, deveras! Y muy inteligente, ya lo creo! Muchas se lo quisieran, sí, si muchas; se presentaba ante él un hermoso porvenir y... y la quería mucho á ella, mucho, se conocía, y...

Todas estas afirmaciones giraban en la penumbra, se alejaban, se separaban, entraban en la sombra... y se perdían.

Cuando Mario fué á verla por tercera vez, cuando apenas quince días habían transcurrido desde que le prometiera amor, Delia concluyó por decirle, como quien dice algo que pesa mucho en el pecho.

—Yo no puedo engañar. ¡No lo quiero!

(Continuad)



Los señores Sierra y Antuña han puesto á la venta las reproducciones fototípicas de «La batalla del Rincón», hermoso y valiente boceto (que dice él) de nuestro primer pintor nacional, Diógenes Héquet. Precioso, lectores. Vaya si hay allí buen dibujo y atrevida composición!

Conozco un señor que libra todos los días una

batalla atroz con su esposa, señora muy gorda pero temible y feroz, el cual, me decía, refiriéndose al cuadro de Héquet del que había comprado una reproducción:

Aun expuesto á caer deshecho con tanta lucha, y Tomasa, mi mujer, que se propasa,— al ver cuadro tan bien hecho llevé otra batalla á casa!

Apropósito de la herida de Don Julio, el *ex-presidente* (algunos, refiriéndose á él escriben ahora *ex con s*; no confundir)

—Pero ha visto usted desgracia! ¡Ah!... Y ¿le parece que despues cojeará Julio de esa pierna? Sería tan triste!... ¡Oh!...

—Pues... quizá fuera extraño. Como siempre ha cojeado de las dos...

—¿Eh?
—Claro; ¿oyó usted alguna vez decir que ese hombre *marchara derecho*?

—Pues hombre; me admira (no me ha de admirar) el puesto que ocupa de un tiempo acá Brian, en nuestro Gobierno, (ó en el de don Juan, hablando bien claro y con propiedad.) El tal, que es *Secretario particular*,

¿lo entiendes bien claro? Eso y uada más, oficia no obstante de gran chambelan, de médico, maestro de fiesta oficial, entidad política, director sagaz de todo el Gobierno, ¡que se yó qué más! y hasta según dicen y probado está caricaturista aunque algo animal. ¿Se habrá visto cosa igual?

—No, jamás.
—Siendo Secretario particular...

—Ya.
Pues por eso mismo...
—¿Cómo?

—Es natural
—¿En donde demonios

podrás encontrar otro Secretario más particular?

—Vamos á ver, Filomenito:—Si una madre quisiera repartir por igual un pedazo de carne entre ocho hermanitos ¿cómo se llamaría la carne que tocara á cada uno?

—Un octavo.
—Y si cada octavo se dividiera en dos ¿cómo se llamaría cada uno?

—Dieciseisavo.
—Y si cada dieciseisavo se dividiera en dos?
—Picadillo.

Pues señores, necesito aquí un versito, y no acierto á escribir ningun versito decente. ¡Me caiga muerto!

En exámen de gramática.
—¿Cuál es el futuro del verbo robar?
—Pues... ir á la cárcel.

Han dicho los diarios que en la mansión terrenal del coronel César Abella Eugenio Charpentier, se halló, el dia en que se remataron los muebles que la adornaban, un papel escrito que decía, más ó menos, lo siguiente:

«Visitante: observa los lujosos muebles que ocupan mi casa, y considera cómo la calumnia y la infamia colman de riqueza á los hombres en quienes se ceba su saña.»

¡Ya! Serían algo pobres los muebles Hay gentes así, á quienes gusta vivir súcios. Pero don Eugenio se habrá dicho:

Esto á cualquier mentecato engaña, y lo creará cierto; mas, si el mueblaje es barato, tengo el riñón bien cubierto, y el riñón no lo remato!

Nuestro colega *La Tribuna Popular* transcribió en su número del Mártes la última parte del *Zig-Zag* correspondiente al número pasado de nuestro periódico.

Un millón de gracias.
Y si quieren otro millón...
En esto somos rumbosos.

Pi y Margall, el conocido estadista español, reconociendo la justicia de la causa cubana, califica de heroes á sus defensores.

En cambio la prensa uruguaya sigue llamándoles, en telegramas y correspondencias, *insurrectos y rebeldes*.

Eso no impedirá que el 25 dediquen pomposas frases á los patriotas que nos dieron independencia. Decididamente, hay insurrectos y rebeldes de suerter.

Como Artigas y Lavalleja.

Correspondencia Particular

Carlos Aballo—Melo—Mire usted. Si firmara usted con la inicial de su nombre y el apellido, casi casi muchos leerían C.aballo. Y ¡cosa curiosa! Aunque usted firme de otro modo sus versos, todos leen lo mismo!

Ifigenia—Montevideo—No, no, por Dios! No hable usted de empleados al Correo ladrones. Recuerde usted aquello de «no mentar la sogá en casa del ahorcado».

Perecito—Idem—
Me parece Perecito que es usted un borriquito. Tal vez me equivoque, pero no lo suponga usted.

J. M. B.—Idem—Que Dios le guarde muchos años.. dentro de algún Manicomio.

R. D.—Idem—Pues me parecen muy bonitos los versos de Estremera, y probablemente, en el próximo número irán. Y muchas gracias.

Pepe Ortega—Idem—Sí, sí. Va. Bien. Siga. Gracias. (A buen entendedor...)

El Mandarín Fo-fo—Mercedes—
Y pensar que hay matones desalmados que acuchillan á quien no ha hecho «Casados!» (Así se llama el artículo de este señor).

ESTUDIO FOTOGRAFICO DOLCE H NOS



Calle Sarandí, 359
Retratos modernos de busto á la romana.

Á Dolce, es ya cosa vista nadie á retratar le gana y, como es todo un artista, no hay niña que se resista á vestirse de romana.

EL ANTICUARIO



Calle 18 de Julio, 184

Vende, compra y revende «El Anticuario» libros viejos, vulgares, nuevos, raros, y, por más que parezca extraordinario los paga bien y no los vende caros.

FOTOGRAFIA DE FITEPATRIK INGENESA



Fotografía de moda por la high life preferida donde retrata toda la gente más distinguida.

ALPOLOBA



CALLE COLONIA 2, 4, 6, 8

Dá el «Polo Bamba» un café de clase tan superior que beber no logra usted en el mundo otro mejor. CASA ESPECIAL EN CAFÉ

GALLIGARIS



Hace esta fotografía retratos tan excelentes que á ella acuden á porfía las más distinguidas gentes.

ESTUDIO FOTOGRAFICO



CALLE 25 de Mayo 300
MONTEVIDEO
Calle Florida 74
BUENOS AIRES